GOCES SUF 1
233762



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 CTS.

1
233762

47/1505259

El hipnotizador

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

Antonia y Eugenia eran muy amigas... tanto, que los maliciosos aseguraban que entre ellas había algo más que un casto y desinteresado cariño.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que siempre andaban juntas: los domingos por la tarde salían a pasear en coche, uniendo sus cabecitas caprichosas y locas bajo el toldo de la misma sombrilla; durante la semana concurrían a los mismos teatros; se prestaban los libros y los trajes, cambiaban de sombrero, se bañaban juntas...

Lo que no impedía que Eugenia, que acababa de enviudar, se relacionase con el marido de Antonia.

¿Qué quieren ustedes? La ingratitud triunfa en todas partes; ¡el mundo está hecho así!...

R. 322492

Cierta noche, después de cenar, las dos «inseparables» charlaban en el comedor de Antonia. Casimiro, el esposo, acababa de marcharse.

La conversación iba rodando sobre asuntos baladíes.

—¿Has visto qué calor?

—Hija mía...el día de hoy ha sido insoportable.

—Verdaderamente.

—Como esto continúe así, es necesario marcharse a San Sebastián cuanto antes.

—Yo, como soy tan gruesa, tengo rozada toda la parte interior de los muslos.

—Otro tanto me sucede a mí.

—Como que por las noches necesito echarme polvos de arroz.

—Eso es muy bueno.

—Sí—repuso Antonia riendo—pero a Casimiro no le gusta.

—¿Por qué?

—Porque dice que siempre se levanta empolvado...

—¡Tiene gracia!...

Hubo un corto intérvalo de silencio. Eugenia exclamó frotándose una pierna contra otra nerviosamente.

—Uno de los peores inconvenientes del verano es el amor.

—¿Te atormenta mucho?

—Muchísimo; es un vértigo indomable. Hay momentos en que me lanzaría a la calle con descaro, agarrándome al brazo de

todos los hombres que pasasen.

—Es que eres muy violenta.

—¿Y tú?...

—Bien, sí... yo, realmente, me reconozco bastante cachonda; pero no padezco esas desazones de que te lamentas, porque Casimiro me abraza casi todos los días?

—¿Es impetuoso?

—Como un fauno; ¡sobre todo en primavera!

—Lo supongo—contestó Eugenia, por no decir: «Lo sé, me consta»...

—A las palabras de su amiga, Antonia respondió con un largo suspiro entrecortado y profundo. Eugenia dijo;

—¿Qué tienes?

—Estoy triste.

—¿Triste?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—¡Oh, el mal es antiguo! Ya sabes que los grandes dolores del espíritu, como las enfermedades más graves del cuerpo, no son obra de un momento, sino que van generándose poco a poco.

—¿Cuál es la causa de tu pesadumbre?

—Mi marido.

—¿Está enfermo? ¿Te trata mal?

—Nada de eso. Es que desde hace tiempo le noto algo alejado de mí, distraído... Más enamorado, en una palabra, de la calle que de su hogar.

—¡Quién sabe!

—¡Ca, no lo dudes!

—¿Y si fuesen preocupaciones tuyas?

—Nunca. Mi entendimiento no se equivoca cuando juzga friamente. Además, aunque desconfiase de lo que mi razón y mi conciencia me dicen, no puedo dudar de lo que mis ojos y mis manos me aseguran.

—Eso es otra cosa. Pero procedamos ordenadamente. Cuenta: ¿qué has tocado, qué has visto?

—Primeramente, debo decirte que Casimiro me besa mucho menos que antes...

—¡Ya!... Comprendo.

—Además, siempre que me besa siento que tiene menos pasión que en años anteriores...

—También es un dato.

—Y que sus brazos cuelgan mucho, lo cual, según cuentan los médicos, es una prueba de desmayos frecuentes. Y, como si esto no bastase, he advertido que sus conversaciones son más cortas, menos abundantes en palabras cariñosas.

Todas estas lamentaciones de la pobre esposa, halagaban el amor propio y la carne de Eugenia, para quien Casimiro era un amante infatigable. Antonia, que a fuer de morena, se pasaba de celosa, permaneció algunos instantes pensativa, oprimiéndose las manos y mordiéndose los labios con reconcentrado furor. De repente exclamó:

—¡Si yo hallase el medio de averiguar lo

que Casimiro hace cuando va a la calle!

—¿Pero... tanto le quieres?

—No, no le quiero... y mis celos no son hijos del cariño, si no de la vanidad. Ya sabes que no me asusto de nada y que tengo un amante...

—Lo sé.

—Pero yo... ¡soy yo!... ¡Qué diablos!... Y puedo hacer lo que me dé la gana! Pero que Casimiro me posponga a otra mujer, y halle en su cuerpo perfecciones y extremecimientos que no encuentra en el mío... ¡eso no lo tolero!.. Te juro que daba mi mejor sortija por saber la verdad.

—Es difícil.

—No tanto como supones. Yo conozco un hipnotizador muy notable, que lee de corrido en el ageno pensamiento.

—Yo también conozco otro que podría apostárselas con el más lince.

- El profesor a que me refiero vive en la calle de.....

—¿Y se llama Juanito Fernández?

—¡Justamente!

—¡Chica, qué casualidad! Pues es el mismo. ¡Qué coincidencia tan peregrina! Bueno.... ¿y tú, de qué le conoces?

—¿Y tú?

—De verle con una amiga mía.

—Pues yo tengo en la penetración de ese hombre mucha fe. En diferentes ocasiones he oído referir de él cosas estupendas.

La agraciada cabeza de Eugenia hizo un

leve movimiento de duda.

—¿Qué quieres que diga? Ninguno de esos señores hipnotizadores, adivinadores del pensamiento o como se llamen, me inspiran gran confianza. No obstante, estoy dispuesta a acompañarte a la clínica de Fernández.

—¿Vamos mañana mismo por la tarde?

—Perfectamente: ¿y qué le preguntarás?

—Solo una cosa: Si Casimiro me engaña.

Eugenia volvió a sonreir en señal de duda.

—Iré contigo—dijo—pero me parece que vas a quedarte como ahora estás: completamente a obscuras.

II

Al día siguiente las dos amigas se presentaron en casa del doctor Fernández, pues dicho sea de pasada y para gloria suya, era un tronera impenitente.

Juan Fernández o *Juanito,* como sus íntimos le decían, se hallaba en su despacho fumándose un buen cigarro habano delante de una taza de café. Al ver a sus clientas se levantó, y enterado del objeto de su visita, sus ojos, un poco empañados por el alcohol, brillaron de júbilo.

Realmente, Antonia y Eugenia eran dos «tipos» de belleza dignos de llamar la atención en cualquiera parte. Las dos se distinguían por su mucha juventud, su levantada estatura y las magníficas ampulosidades de sus pechos, de sus hombros y de sus alrededores; pero Antonia era morena y Eugenia rubia, de un rubio pálido, y esta diferencia aumentaba, por el contraste, la personal belleza de las dos «inseparables».

Juanito comenzó a interrogar inmediatamente a Antonia, insistiendo sobre los puntos obscuros hasta dejarlos completamente diáfanos, y la joven no tuvo más remedio que explicarlo todo; que su marido la acariciaba menos que antes, que tenía los brazos muy colgantes y la pasión más floja que en otros tiempos.

—Y dice usted, que su esposo se llama?—interrogó el doctor.

—Casimiro Pérez y Pérez.

—Muchas gracias. No crea usted que esta pregunta la hago a humo de pajas. Yo necesitaba conocer de nombre y apellidos de su marido para poder llamarle.

Antonia y Eugenia se miraron asustadas.

—¿Para llamarle?—replicó Eugenia.

—Sí, señora.

—¿Cómo?

—Por medio de la sugestión. Dentro de algunos momentos yo ordeno mentalmen-

te: «Casimiro Pérez y Pérez, ven». Y Casimiro Pérez y Pérez viene.... Claro es—continuó el terrible doctor—que la sugestión convierte a ese señor Casimiro en esclavo mío, y que, por tanto, no dejará de responder, con absoluta sinceridad, a ninguna de mis preguntas. ¡Por supuesto que no es necesario pasarse de lince para adivinar dónde el marido de usted distrae las horas que no está en casa. Apostaría el cuello a que tiene relaciones con alguna amiga de usted; con la más intima, probablemente.

Eugenia bajó los ojos sintiendo que, bien a su pesar, las mejillas se le ponían un poco coloradas.

—Creo doctor—repuso Antonia mirando a Juanito que empezaba a parecerle muy simpático—que se equivoca usted. Mis amigas me quieren demasiado para atreverse a engañarme.

Fernández se alzó de hombros.

—Por ahora no discutamos exclamó;—al final de la jornada veremos cuál de los dos tiene razón.

Util es consignar aquí que el famoso hipnotizador era, antes que un hombre de ciencia dedicado al estúdio del magnetismo por amor a la humanidad, un sinverguenza infatigable que empleaba su poder sugestivo en dormir y enamorar a cuantas mujeres honestas visitaban su clínica. Así fué, pues, no bien vió a Eugenia y a Antonia, cuyos volúmenes rebasaban abundantemente de las sillas donde fueron a sentarse, todo su descaro despertó y juróse a sí mismo rendirlas a su voluntad para luego divertirse con toda clase de orientalescos refinamientos.

Con esta intención se aproximó a Antonia, y cogiéndola por las manos y mirándola a los ojos, la durmió instantáneamente. Lo mismo hizo con Eugenia. Y claro es que con semejante *overtura*, la sinfonía «a toda juerga» que el excelente Fernández se proponía dirigir, iba a ser pistonuda.

El médico cerró herméticamente las puertas del despacho, y volviéndose hacia las jóvenes decretó con acento imperativo y breve:

—¡Poneros frescas!

Ellas obedecieron sin oponer a la orden del hipnotizador el más leve gesto de repugnancia, y momentos después estaban aligeradas. Sus cuerpos eran admirables: los senos muy altos y duros, el talle pequeño, las vueltas redondas y ligeramente sonrosadas, los muslos gruesos, blancos, con suavidades de terciopelo, las pantorrillas primorosamente modeladas.

—¡Pasead cogidas del brazo!—dijo Fernández.

Ellas comenzaron a ir y venir por la habitación, apoyándose la una contra la otra y con las lindas cabezas juntas: sus piececitos delicados se hundían en las blandu-

ras de la alfombra, sus cuerpos deliciosos se balanceaban voluptuosamente sobre el fondo obscuro de los cortinajes que decoraban las puertas, y todo aquel oscilar de carnes juveniles era algo poderosamente afrodisíaco, que hacía correr a lo largo de los nervios del hipnotizador descargas formidables de pasión.

Pasados algunos momentos, Fernández dijo:

—Jugad, corred, azotaos....

Ellas empezaron a perseguirse, riendo, felices como niñas que vacasen por un prado sembrado de flores.

—¿A que no me alcanzas?—exclamó Eugenia.

- A que sí.

—¿Qué apostamos?

—Un beso.

—Aceptado.

Diéronse a correr por lá habitación, y los esfuerzos de aquel ejercicio hacía temblar sus músculos y daba a sus mejillas arrebolamientos provocativos. Todo vibraba en sus cuerpos soberanos: las orgullosas lácteas, los brayos lisos como el marfil, los círculos... ¡ese gran aparato de la arquitectura femenina, donde la humanidad varonil bebe la alegría y la muerte!...

Cuando el hipnotizador tuvo la curiosidad satisfecha, exclamó:

—¡Basta ya!

Y agregó:

—Tú, Antonia...

—¿Qué manda usted?

—Ponte de rodillas en el suelo y aguarda un poco.

Ella hizo punto por punto lo que el profesor le mandaba. El continuó empleando los medios vulgares que los libros de hipnotismo recomiendan para imponer la voluntad.

—Tú, Antonia, estás locamente enamorada de mí y tienes unas ganas horrorosas de besar, porque hace un año que no te adoro.

—Sí, señor...

—Tú me has sentido venir de la calle, y para obligarme a quererte te has puesto así, en el suelo y con el cuerpo ondulante.

Dominada por el capricho del sugestionador, la joven, perdida en un espantoso delirio de pasión, comenzó a balancear las caderas: tenía la boca entreabierta, los ojos en blanco, y los húmedos labios palpitaban. El cuerpo, delicioso, también vibraba, con sacudimientos nerviosos, demostrado con aquellos temblores la impaciencia con que esperaba la caricia del macho. Entonces el médico se acercó a élla y después de besarla largamente todas las bellezas, se puso al lado de la joven, la agarró por el talle y comenzó a darla suaves toques en el hermoso cuello y garganta. Sin embargo, aquello, con ser mucho, no le satisfacía: Fernández necesitaba apu-

rar, en un mismo instante, toda la variada y riquísima escala de las caricias.

—Eugenia—llamó.

—¿Qué quiere usted?

--Vivimos en oriente: tú eres una esclava que está enamorada de mí y que sólo goza cuando me da placer

--Bien, señor.

--Colócate detrás de mí, y mientras yo acaricio a Antonia, que es mi sultana favorita, tú me besas el cogote.

Al llegar a este punto, mi inspiración atrevida desfallece, y mi pluma, que tantas cosas difíciles escribió, se me escapa de la mano, porque nadie sería capaz de reflejar las escenas de vertiginosa delicia que allí se desarrollaron. ¡Salve, sugestión augusta! El amor, con ser tan fuerte, tan avasallador, tan deslumbrante, jamás podrá compararse contigo.

Pero, en fin; sea como fuere, prosigo mi narración, invocando el vigor de Priapo y Palas, almas de cuantas estrellas y celestinas célebres fueron en el mundo. La sugestión de Fernández había penetrado completamente en el espíritu de Antonia, y las mórbidas carnes de ésta se agitaban fuertemente. El hipnotizador, siempre agarrado a la cintura de su querida, se encorvaba sobre la nuca perfumada de la joven, y como la pasión iba aumentando, los ojos se ponían en blanco y los labios se torcían convulsos. Transcurrieron algu-



nos segundos más; el frenesí sacudía la espalda de Antonia; Fernández, fuera de sí, inclinó la cabeza hacía adelante y la sujetó por la nuca con los dientes, parodiando ese fiero ademán con que el gallo agarra a las gallinas por la cresta.

--Vida míe--balbuceaba el sugestionador,--ámama... dame tu rostro precioso... que me muero de amor.

Ella respondía:

--Acércate más a mí

--¿No te beso y acaricio mucho?

--Sí... pero quiero más... más...

--Toma.

--Así, cielo mío... dueño mío... que yo sienta tu adorado cuerpo muy cerca del mío...

Entre tanto Eugenia acariciaba con sus dedos los bigotes colgantes del médico, y separándole las guías le ponía bombones entre los labios; otras veces le cosquilleaba, le besaba o le daba pequeños mordiscos en los carrillos. Con tantos y tales tratamientos, Fernández apenas podía hablar de gozo; pero Antonia, en quien el placer era siempre bullicioso y expansivo, no cesaba de charlar.

--Dame un pellizco aquí--decía;--es una caricia que me agrada mucho...

Después ladeaba la cabeza, como buscando co sus labios la boca de Fernández.

--Bésame en las orejas--decía--o muérdemelas... Hazme daño, mucho daño...

quiero sentirte...

La felicidad del hipnotizador, revistió la importancia de una verdadera agonía. Todo su cuerpo comenzó a temblar como tiemblan en los árboles, bajo la caricia del viento, las hojas secas. Sus manos se crispaban frenéticamente sobre las dulces exhuberancias de Antonia, y sus dientes, sañudos, mordieron repetidas veces la nuca blanquísima y bien oliente, mientras sus manos, locas y pecadoras, tactaban de lo lindo, y sus brazos, hercúleos oprimían fuerte y convulsamente aquel conjunto de bellezas.

Pasada aquella crisis, Fernández, extenuado, se tendió cuan largo era sobre la alfombra. Ellas, siempre obedientes a la orden primera del hipnotizador, trataron de seguir sobajeándole, pero él, que no tenía fuerzas ni para tragar saliva, les impuso una nueva voluntad.

--¡Dejadme tranquilo--¡exclamó.--Vosotras me queréis mucho, y por lo mismo, como me veis fatigado, tratáis de distrerme haciendo una tontería delante de mí

Así logró quitárselas de encima, y mientras se abrazaban y se daban pellizcos. él, tumbado a la bartola, las observaba con los ojos medio cerrados y fumando una pipa.

III

Transcurrió más de media hora, durante la cual el admirable Juanito Fernández estuvo sumido un una dulce y profundísima modorra. Después, lentamente, sus sentidos fueron despertando, y como comprendiese que hallándose solo y con los elementos que allí tenía, no podía hacer más de lo hecho, pensó en la conveniencia de buscar un «colaborador».

--¿Quién?--se dijo.--¿Cuál de mis amigos sería más apropósito para prolongar y dar variedad a estas escenas de guasa viva?...

De pronto, el recuerdo de don Casimiro, el Esposo de Antonia, pasó por su frente.

--Nadie mejor que ese--murmuró;--así luego podré decir que he visto el matrimonio en la intimidad.

Incorporóse, frunció las cejas poderosamente como ayudando con este gesto a la reconcentración del pensamiento y reuniendo todas las energías sugestivas que le quedaban (que no eran pocas), ordenó mentalmente:

--Casimiro Pérez y Pérez, venga usted enseguida.

Eugenia y Antonia, que ya estaban can-

sadas de pellizcarse mutuamente, advirtieron el ensimismamiento del médico.

--¿Qué tienes?--preguntaron.

--Nada ;estoy descansando, acaparando fuerzas para seguir disfrutando de vuestro cariño.

Ellas continuaban dormidas, sin reconocer el sitio donde se hallaban, sin comprender que estaban muy íntimas. Fernández preguntó:

—¿Te acuerdas, Antonia, del motivo que te trajo aquí?

Ella bajó la cabeza, haciendo un signo de reflexión. El médico prosiguió:

—¿Tú no estás casada?

—Sí.

—¿No recuerdas que hace pocos momentos viniste a visitarme para que yo te dijese si tu marido te engañaba?

—¡Ah, sí!... Sí... es cierto... ¡Qué cosa tan extraña?...—repuso Antonia, que acababa de ver vibrar una gran luz al través de las densas nieblas de su memoria:—¡Mi marido!... Mi esposo se llama Casimiro...

—Ya lo sé. Pasados algunos instantes lo tendremos aquí.

—¿Le mandaste llamar?

—Sí, con el pensamiento.

Antonia no hizo ningún ademán de sorpresa, como si aquello de que su cónyuge la hallase en desorden delante de otro hombre, no tuviese nada censurable. Eugenia también estaba completamente tran-

quila, con esa tranquilidad absoluta de los sueños profundos. Y los dos reposaban sentados en el suelo, los lomos apoyados contra un armario de libros y las piernas en flexión, de modo que sus satinadas y sonrosadas rodillas rozaban dulcemente sus exhuberantes y mórbidos senos.

Habían pasado quince minutos apenas, cuando una mano respetuosa, una mano de siervo, llamó a la puerta.

—Adelante—exclamó el médico.

Bajo el pabellón de los cortinajes apareció un viejo criado que debía de estar familiarizado con aquellas escenas, pues no solamente no pareció sorprendido, sino que ni siquiera se tomó la molestia de mirar a las dos mujeres.

—Don Juan...

—¿Qué hay, hombre?

—Un caballero pregunta por usted.

—¿Es elegante?

—Sí, señor.

—¿Edad?

—Unos treinta y cinco años.

—¿Ha dicho su nombre?

—D. Casimiro Pérez y Pérez.

—Que pase—exclamó Fernández, levantándose y recobrando, como por arte de encantamiento y birlibirloque, toda aquella fuerza hipnótica que le hacía invencible. Antonia y Eugenia, que continuaban bajo el profundo letargo de la sugestión, yacían serenas, asistiendo a la escena como dos

animales pasivos.

Una voz varonil preguntó desde la puerta:

—¿Se puede pasar?

—Entre usted.

Y apareció don Casimiro. Al ver a su mujer y a su querida descompuestas y en el suelo, el pobre varón sufrió una especie de deslumbramiento y estúvose quedo, sin un gesto en las manos, ni una sola idea en el magín. Pero luego sus celos reaccionaron, dióse cuenta de lo que ocurría y una oleada de rabiosa cólera le subió al cerebro. Entonces apretó los puños, bajó la cabeza como para embestir (pocos maridos habría más capacitados que él para reñir a cornadas) y trató de arrojarse sobre el médico. Este le detuvo con una voz.

—¡Quieto!—gritó.

Casimiro no se movió, y bajo el imperio del terrible hipnotizador, sus músculos temblaron.

—¡Quieto, señor cornudo!—repitió Fernández.

Las facciones del desventurado Pérez y Pérez se aflojaron, adquiriendo una marcada expresión de humildad. El médico continuó, preparando el instante propicio para apoderarse completamente del ánimo de su cliente.

—¿Por qué ha venido usted a mi casa?

—No lo sé.

—¡Mentira! Las cosas no se hacen sin

motivo. Hable usted: ¿por qué ha venido usted a mi casa?

Las cejas de Casimiro reflejaron una gran angustia y sus labios, trémulos de terror, comenzaron a balbucear.

—No puedo concretar mi pensamiento. Es una cosa muy rara. Yo estaba en el casino... jugando al tresillo. De repente se me ocurrió la idea de visitar al médico don Juan Fernández. ¿Para qué?... No sabría decirlo... pero yo necesitaba verle a usted. Iba a pedir una *Guía* cuando me encontré con que sabía donde usted vivía. Esto también era extraño, inexplicable, porque yo jamás había oído hablar de usted, ni fuí presentado a usted nunca, ni como amigo ni como cliente. No pude, sin embargo, discutir conmigo mismo estas excentricidades de mi deseo, y salí del casino y eché a andar hacia aquí maquinalmente, fatalmente, como si me llevasen de la mano...

Durante esta larga y trabajosa peroración, la tiranía del médico sobre Casimiro había ido afirmándose de tal suerte que, cuando el sin ventura señor Pérez y Pérez dejó de hablar, ya estaba totalmente dormido.

Inmediatamente, Fernández, que ya volvía a tener deseos de bromear, exclamó con aquel acento autoritario que le era habitual.

—Oye: tú estás enamoradísimo de tu esposa Antonia.

—Sí, señor...

—Pero también lo estás de Eugenia.

—Sí, señor.

—Bueno, pues ahí las tienes: es necesario que las festejes a las dos una tras otra, sin tomar descanso.

Merced a la voluntad prepotente del médico, la imaginación de Casimiro, que era bastante voluptuosa, se desbordó, cobrando unas dimensiones verdaderamente respetables, Pérez avanzó hacia su esposa. El médico gritó;

—¡Antonia, no te dejes cojer!

El choque de aquellos cuerpos animados por el sobrehumano vigor de las sugestiones enemigas, fué formidable. Lucharon, cayeron al suelo, se levantaron, volvieron a caer; Antonia no se dejaba abrazar de ningún modo, y Casimiro, presa de un ataque de nervios, se tambaleaba a cada momento, llenándola de arañazos, mordiscos y cachetes, en la espalda, en los brazos, en las nalgas...

—¡Alma mía, déjame besarte sólo a tí!... —rugía el sátiro.

—No quiero.

—¡Dame tu amor!

—Nunca.

—¿No?

—Jamás.

—Pues te daré una azotaina.

La derribaba de bruces contra el suelo y trataba de besarla en la boca, pero ella

apretaba los labios desesperadamente, y Pérez tornaba a electrizarse, sin conseguir su objeto. En menos de media hora don Casimiro se desmayó seis veces; aquello era mejor que una noche de novios; el mismo Fernández, a pesar de su estoicismo, llegó a sentir envidia y deseos de tomar parte activa en la fiesta.

—Pero ¿qué hacer para procurarse un espectáculo imprevisto y fuerte? Repentinamente mandó suspender el lascivo torneo; acababa de concebir una idea diabólica, una idea sádica, de lujuria y de dolor.

—¡Antonia!—gritó el médico—: ¿tú no querías saber si tú marido te engañaba?

—¡Sí!

—Pues, fíjate en lo que voy a preguntarle.

Casimiro dejó a Antonia y los dos estuviéronse quedos, pendientes de lo que Fernández iba a decir.

—Oye, Casimiro—prosiguió—vas a contestar la verdad de cuanto voy a preguntarte.

—Sí, señor.—¿Tú tienes alguna querida? —Sí, señor.—¿Quién es? -- Eugenia.

—¿Desde cuándo estás en relaciones con ella?

--Desde hace cinco meses y cuatro días.

--¿Y la quieres mucho?

--Muchísimo.--¿Más que a tu mujer?--Infinitamente más.--¿Por qué?--Porque...

Casimiro vacilaba, pero Fernández, que

deseaba exaltar los celos de Antonia hasta los grados más terribles del furor, siguió preguntando y sugestionando a Pérez de modo que éste dijese en alta voz, más que su propia opinión, el pensamiento del médico.

--Veamos: ¿por qué te gusta más Eugenia? Algunas razones habrá. ¿Es que tiene más seno que tú mujer?

--Sí, señor.

--¿Y la piel más fina?

--También.

--¿Y cual de las dos tiene el círculo más grande?

--Eugenia.

--Sigue....

--Además Eugenia sabe menearse en el baile mejor que la otra, y tiene un besar muy rico que me coje de los labios y me los muerde y chupa como lo haría con un caramelo.

El médico miró a Antonia cuyos carrillos estaban hinchados de ira.

--Ya lo has oído--dijo--si no te vengas eres una mujer sin pizca de verguenza. Ahora es necesario que la des a Eugenia una azotaina terrible, y tú, Casimiro, ayuda a tu mujer, que esa es tu obligación.

Dicho y hecho. El matrimonio se arrojó sobre Eugenia, cuyas blancas carnes quedaron en un santiamén cubiertas de verdugones.

La pobrecilla suspiraba:

--¡Basta ya... no me peguéis más!...

Para hacerla callar, Antonia la metió en la boca el pañuelo de Casimiro, luego la arrastró por el suelo cogiéndola de los cabellos, y finalmente y secundada por Pérez, la tendió boca abajo sobre un diván y, armada de una zapatilla, comenzó a flagelarla despiadadamente. Pronto las nalgas de la azotada fueron tiñéndose de rojo, y entretanto Casimiro la apretaba los riñones y la obligaba a doblarse hasta tocar el suelo con el vientre rico. Eugenia, que en medio de tanto tormento estaba cachonda, suspiraba y dirigía palabras tiernas a su amante y continuaba mirándole con amor. Su círculo, aunque castigado, seguía moviéndose como solicitando una caricia.

Esté fué el momento que Fernández aprovechó para precipitarse sobre Antonia primero y luego sobre Eugenia y largarla a cada una de ellas dos sabrosísimos y sonoros cachetes en las nalgas.

Cuando ya estuvo harto, mandó a sus tres clientes que se vistiesen, les quitó de la memoria el recuerdo de cuanto acababa de suceder y les despertó, haciéndoles creer que habían pasado la tarde refiriendo agradables cuentos.

Porque es lo que dice Fernández:

--De ese modo, siempre que se me antoje, puedo repetir la función.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor
Suspiros tiernos
Fiebre de amor
La mujer del prójimo
Goces supremos

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bullicio sa de la juventud.

Con tituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.

Editorial AURORA.-Barcelona